

La Verdad, Arma Temible

UNA AMERICA AMORDAZADA

Por Hernán URIBI

Los periodistas conforman uno de los sectores más sañudamente perseguidos por las dictaduras militares de Centro y Suramérica, aunque, en aparente paradoja, sus casos son de los menos publicitados. Y conste que hablamos de los colegas reprimidos por el ejercicio de la profesión y no de aquéllos que, precisamente por esa circunstancia, transitan ahora por otros caminos de la lucha social.

Un reciente informe de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), con sede en México, contiene cifras aterradoras. En los últimos 3 años hay constancia del asesinato de 25 periodistas en 6 países del subcontinente, al margen de una docena de "secuestrados", cuyo paradero y suerte se desconocen. La extensa nómina de los chilenos exterminados es encabezada por Augusto Olivares, director del canal estatal de televisión, quien murió en el palacio de La Moneda, en 1973, víctima de la metralla lanzada por los tanques y el criminal bombardeo desde el aire que destruyó la sede del gobierno constitucional.

En 1975 fueron ultimados por balas policiales el dominicano Orlando Martínez y el brasileño Vladimir Herzog. El año pasado se conoció el brutal crimen que terminó con las vidas de los uruguayos Zelmur Michelini y Héctor Gu-

tiérrez Ruiz, atacados por una banda parapolicial en pleno centro de Buenos Aires, donde radicaban en calidad de refugiados políticos. Los aparatos represivos de esas tiranías actúan a veces en connivencia con sus homólogos de otros países o recurren, dentro de sus fronteras, a grupos terroristas de ultraderecha. El periodista chileno Enrique Gutiérrez, por ejemplo, convalece hoy del atentado a bala que, instigado por la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), la Gestapo de Pinochet, sufrió el 20 de noviembre pasado en San José de Costa Rica.

Veamos otros ángulos de la infamante estadística. En Argentina, Bolivia, Chile y Uruguay, 56 profesionales de la prensa se encuentran encarcelados, según reconocimiento oficial, en tanto 346 han sido forzados al exilio y más de 2 mil están desempleados. Lo último es la secuela de la clausura de por lo menos 250 medios de información en los países nombrados, de los cuales corresponde a Chile la proscripción de 7 diarios de circulación nacional y 40 radioemisoras y, a la Argentina, el cierre de 50 publicaciones de diverso carácter.

Simultáneamente a la intervención de las organizaciones gremiales periodísticas, sus dirigentes sufren el rigor y la arbitrariedad de los tribunales militares. Los argentinos Guillermo Alfieri, secretario general del Sindicato de Trabajadores de la Prensa, de Rioja, y Mario Poullette, subdirector del diario "El Independiente", de esa provincia, cumplen condenas de 14 a 16 años de prisión. Igual situación afronta, en Argentina, el veterano periodista uruguayo Andrés Cul-

telli, encarcelado en el penal de Sierra Chica luego de una sentencia inicial a 14 años de presidio. Los fallos de los "consejos de guerra" en Chile, que también afectan a gente de prensa, establecen condenas de 9 a 30 años de cárcel.

¿Por qué tanto encono? La respuesta es simple: los periodistas, por la propia índole de su trabajo, están mejor capacitados para denunciar el régimen de terror y hambre impuesto por el fascismo dependiente cuya expresión gubernamental es esa cadena de dictaduras al servicio del amo imperial. La emergencia de la verdad se convertiría en el arma más temible para los Pinochet, Bánzer y Videla.

El dictador chileno —el primero y último "demócrata-totalitario"— ha confesado públicamente que una parte fundamental del golpe de estado fue el llamado "Plan Silencio", cuya práctica consistió el 11 de septiembre en el bombardeo de las estaciones radiales y la destrucción de las imprentas. En Brasil, hace 12 años, lo primero que hicieron los militares cuando derrocaron al ahora fallecido Joao Goulart, fue dictar un decálogo de la censura, disposición que los colegas brasileños —todavía con humor— denominan "los 10 mandamientos". La censura previa sigue en plena vigencia.

Al tenor del estudio de la FELAP, la libertad de prensa no existe de manera absoluta en Argentina, Bolivia, Chile, Brasil, Paraguay, Nicaragua, Haití y Uruguay. Los periodistas son únicamente las víctimas directas, propiciatorias, de una política general enfilada a mantener a esos pueblos amordazados, sometidos a un silencio mayor que el imperante durante la época colonial. Son 200 millones de seres desinformados, quienes, para acercarse a la verdad, apelan ahora a la prensa clandestina, pero en un porcentaje muy reducido. La información clandestina es justamente la tarea en que están empeñados hoy, con tesón, los periodistas de esas naciones.